



CALDERÓN GARCÍA, José David, Luis Gabriel ZAMBRANO RODRÍGUEZ y Flavio Fabián CASTILLO RAMÍREZ, *El guerrero tlahualil. Testimonio oral y gráfico de la fiesta patronal de santo Santiago en Sahuayo, Michoacán*, Zapopan, Página Seis, 2022, 112 pp.



Dividido en tres partes, *El guerrero tlahualil* da cuenta del trayecto histórico de la tradición de la que se ocupa, así como de la historia e iconografía que la sustenta. En efecto, durante prácticamente una veintena de días —cuentan los autores de la obra—, del 16 de julio al 4 de agosto, el patrón Santiago es venerado cada año en Sahuayo de Morelos, Michoacán, municipio enclavado en los linderos de la ciénega michoacana, en una fiesta que moviliza a miles de devotos. A través de la representación de las danzas de conquista y la teatralización del sometimiento, santo Santiago lucha contra los indígenas hasta convertirlos al cristianismo. Estos guerreros vencidos, convertidos en danzantes, no son otros que los famosos tlahualiles.

Conquistado por Nuño de Guzmán en 1530, Sahuayo fue evangelizado por los frailes agustinos. Hay indicios de que la fiesta en torno a santo Santiago se realiza en este lugar, al menos desde el siglo XVIII, y sus orígenes se remontan hasta el oriente español en el siglo XII, de donde fue trasplantada como estrategia de evangelización a los indígenas americanos en los primeros años del siglo XVI, en los albores de la invasión europea de América, transfigurada ya en la danza de moros y cristianos. (pp. 11-15).

Santo Santiago ha sido venerado en Sahuayo al menos desde 1646, y la danza de moros y cristianos en su honor, se celebraba desde finales del siglo XVIII, aunque la aparición del Tlahualil estaría documentada durante la segunda mitad del siglo XX, sustituyendo con su irrupción al moro. El Tlahualil, es un “indígena transfigurado en guerrero que resiste la imposición

hasta que es vencido por el santo en una guerra justa, donde obtendrá la recompensa divina, pertenecer al seno de la Iglesia católica” (p. 16).

Aparejada con la conquista militar, sobreviene otra de tipo espiritual, donde la adopción de Santiago representa un paso dentro de la transculturación del indígena cristianizado. Santiago socorrió a los españoles en el campo de batalla, al menos en 38 ocasiones, documentándose 13 de ellas en tierras americanas. Una de ellas acaecería en Sahuayo, donde los indómitos nativos fueron sometidos por los españoles, una vez que avistaron en el campo de batalla a Santiago Apóstol, quien, en todas partes, aparecía haciendo gala del mismo *modus operandi*: “y muchos testificaron que habían visto a Santiago, y de los indios muchos dijeron haber visto un hombre en un caballo blanco en el aire, que les hacía poner en fuga” (p. 18).

Tendríamos aquí, el establecimiento perenne de dos deidades: los gemelos enemigos mesoamericanos, y su suplantación, en los eternos danzantes. Por un lado, Santiago Apóstol, Santiago el Mayor:

montado en su caballo blanco y ataviado con vestido de gala blanco, así como capa del mismo color, en la mano derecha blandiendo una espada, y en la otra un banderín con una cruz estampada. En la cabeza porta un yelmo metálico que cubre casi toda su frente y apenas permite que su rostro blanco y barbado muestre gesticulación alguna. (p. 21).

Por el otro, el Tlahualil, antagonista de Santiago, moro que deviene en guerrero vencido. Porque en efecto, el Tlahualil de los años cuarenta del siglo pasado, no se parece al de nuestros días:

el moro se transfigura bajo la forma de un indígena sometido, popularizado, y cristianizado [...], bajo la forma del Tlahualil [...] santo Santiago, representado por una persona con la figura de un caballo atado a la cintura y armado con su espada, lucha a muerte contra los tlahualiles, quienes terminan siendo muertos por el “patrón” después de una desigual batalla, donde Santiago sale victorioso y el “guerrero vencido” termina sometiéndose a la voluntad del santo (p. 20).

La corte de los milagros de la fiesta de Santiago está conformada por su verdadero protagonista, el Tlahualil y la burda representación de su antagonista, Santiago Apóstol, en su advocación popular de “la mulita”; le siguen el moro ataviado como indígena y el moro-árabe sobreviviente de tantos siglos. En la actualidad, desde el 16 de julio, los sahuayenses iluminan el camino del santo con fogatas llamadas hachones, como preparación al día 25, el día grande, el mero día de la fiesta. Posteriormente, el santo regresa a su santuario, para esperar la finalización de las celebraciones, el 4 de agosto.

Sin duda, uno de los logros más sobresalientes del libro es dar la palabra a los distintos informantes, quienes terminan por completar la descripción del cuadro que da forma al ritual, y esclarecen con claridad meridiana algunos de sus puntos más oscuros.

La primer informante es doña Marisela Castellanos Barragán, de 73 años, quien recuerda con nostalgia los orígenes humildes de la fiesta y la capilla improvisada que cada año se le levantaba al santo:

La imagen del patrón Santiago vivió siempre en la iglesia de la sagrada familia, la de la plaza [parroquia de Santiago Apóstol en la actualidad] y nada más la subían cuando hacían la capilla de lona. Se quedaba nueve días y jamás la sacaban, de ahí la sacaban hasta los nueve días y la volvía a depositar en la iglesia [Parroquia de Santiago Apóstol].

La subían el 25 de Julio y la bajaban a los nueve días. Había música, cuetes, algarabía, mucha gente con devoción, con otro afán, no era diversión... era muy bonito. Se hacían kermeses en los nueve días que duraba [...] La fiesta se empezaba el día 25 de Julio y nueve días antes se hacían los “hachones”, que eran las fogatas, las cuales hacían los chiquitos de las casas, no había música, no había comida, no había nada, era serenamente una fogata para avisar que ya venía el patrón Santiago, que ya venía su día [...] El 25 de julio sí paseaban al patrón Santiago por algunas calles del pueblo, que era al Sagrado Corazón, Santuario y vuelta para atrás [...] Para la bajada del patrón Santiago hacían lo mismo (p. 28).

Doña Marisela sostiene que los Tlahualiles no son otra cosa que una “imitación de los que salían en México de la capilla de Guadalupe” (p. 29).

Lo que ella recuerda, es la danza de moros y cristianos “Los del caballito [Santo Santiago representado en un caballo tan tosco que parecía mula] con los moros [...] los moros se vestían con pantalón bombacho, camisa bombacha, chaleco, turbante, y [...] una espada ancha y luego delgadita, como de árabe. Y en el turbante tenían pedrería o broches, y una máscara de equis cosa, y zapatos de punta” (p. 30).

Por su parte, Jackelin de Jesús Granados Ruiz, joven funcionaria de la SRE, proporciona una definición contemporánea del auténtico Tlahualil: “un tlahualil es el que hace su máscara, prepara con un año de anticipación todo su atuendo, que es el pants, el saco que utilizan que tiene los carrutos, y pues la máscara en general” (p. 33). Éstas, en el caso de los adultos, “deben ser, o se tiene la tradición que midan lo mismo que tú mides. La de los niños es un poquito más pequeña, para que puedan con el peso de la máscara. Pero la de un adulto, es lo que tú midas. El peso de esta máscara [es], más o menos, de entre diez y quince kilos” (p. 36).

De igual suerte, proporciona información sobre la estructura de la fiesta, conformada por dos novenarios:

El novenario del patrón Santiago comienza el 16 de julio, hacen el novenario de misas del 16 al 24 de julio. Ya el 25 de julio empieza la peregrinación con los tlahualiles [...] el 16 de julio lo que se hace es la famosa bajada del patrón Santiago. El santo está todo el año en su templo, después lo que se hace es el día 16 bajar la imagen a la parroquia del centro de la ciudad. La imagen permanece en la parroquia del centro del 16 de julio al 25 de julio. El 25 de julio es la peregrinación que hacen los tlahualiles por todo el pueblo [...] por las calles principales o significativas de Sahuayo [...] y terminan el 26 de julio como a las tres o cuatro de la mañana [...] el 28 de julio es el día de los enfermos. [...] el 30 de julio hay otra peregrinación [...] y ahí no sacan a la imagen original del patrón Santiago. A este día le llaman el día de la «Mina». Hay una imagen del patrón Santiago, en la calle Mina [...] Ese día se reúnen los tlahualiles en el domo del Colegio Salesiano de Sahuayo [...] y de ahí realizan el recorrido por la calle Mina llegando finalmente al templo del patrón Santiago, pero el recorrido lo hacen con la imagen pequeña que está en la calle Mina. Hay una casa que tiene una imagen del patrón Santiago como a escala, es decir, está un poquito más pequeña que la «original». Está en una pequeña

vitrina en el interior de una casa que está sobre la calle Mina. Esa imagen tú pasas y la puedes ver, porque la tienen a la vista en una vitrina. (p. 37).

María Guadalupe Rojas Granados, informante de 45 años, señala las implicaciones en cuanto a la equidad de género que tiene la participación y portación de la máscara y el traje —que en conjunto pesan entre 25-30 kilos y cuyo precio puede llegar a rebasar los 14 mil pesos—, así como el sentimiento de empoderamiento que genera portarlos: “nacé dentro de un grupo de tlhualiles [...] Desgraciadamente, a mí nunca me sacaron de tlhualil, yo nunca pude ponerme una máscara. Crecí, me casé y nunca pude ponerme una máscara, a pesar de que era mi mayor ilusión. Sufrí mucho por ponerme una máscara” (p. 39). No fue sino hasta que, animada por su hermano, María Guadalupe se animó a confeccionar su máscara y su traje:

Cuando me la puse, ¡mi cuerpo se enchinó! Empecé a llorar, empecé a caminar y no lo podía creer, no podía creer [que] yo ya me había puesto una máscara después de muchos años. Fue algo para mí maravilloso, ¡maravilloso! [...] Jamás me la quité, me sentí muy mal, por no haberle podido prestar a los muchachitos, que yo les prometí, que se las iba a prestar. Porque yo ya había sufrido eso con mi familia, y si les decía [...] que cuándo me prestaban los trajes, me los quitaban y yo lloraba mucho. Yo quería andar con ellos, yo quería brincar y no tenía una máscara, un traje. Entonces en ese momento cuando yo me pongo la máscara y yo había invitado estos muchachos a que me ayudaran y cuando yo vi que sí la pude, no me la quise quitar jamás, yo aguanté el recorrido y me sentía mal, por ellos. Porque pues yo, ya había sentido eso de querer ponerme algo y que no me la prestaran, era lo que me había hecho sentir mal, pero fue una experiencia maravillosa, el poder este... pues brincar, danzar, seguir y hacerle el recorrido al patrón Santiago, fue algo muy bonito” (p. 41).

Por su parte, la maestra mascarera María de Lourdes Navarrete Sánchez cuenta cómo recuperó el oficio de su padre, Federico Navarrete Ávila, una vez que este hubo fallecido, y sin nunca ver cómo trabajaba, enfrentándose incluso a las maledicencias: “Papá, tú vas a trabajar por mí”, “¡Ay, una mujer

qué va andar haciendo máscaras!” (pp. 49-50). No obstante, María de Lourdes contó con la enseñanza paterna venida de ultratumba, a través de una vecina, quien le dijo:

“¡Sabes qué! Soñé con tu papá y me dijo que le pusieras más grosor a las máscaras, en las sienes. Porque las estás haciendo muy delgadas”. Y subí, a las que tenía secando arriba, y las chequé y sí es cierto. Las estaba haciendo muy delgadas de las sienes. Entonces empecé a meterles un poquito más de material. Y ya empezó, a quedarme el grosor más mejor (p. 56).

Una de las bondades y particularidades de la historia oral, es la obtención de la información que permite completar el cuadro a los “especialistas”. En cuanto a la fiesta, el jefe de un grupo tlhualil, Rafael Cuevas López, manifiesta:

Comienza lo que es el 16 de julio y termina el 4 de agosto, pero ahorita se divide en dos novenarios, uno que comienza lo que es del 16 al 24 y el otro novenario que es del 25 al 04 de agosto [...] el tlhualil aparece solamente lo que es el día 16 y no vuelve aparecer hasta el 25 de julio, que es el novenario un poquito más festivo [...] también es el 28 [...], el 30 [...] el 2 de agosto que es el día del tlhualil y el 4 de agosto que es la culminación de la fiesta. (pp. 59-60).

Este informante, aclara las posibles confusiones que pudiera haber en cuanto a las subidas y bajadas de la imagen, en la actualidad:

El día dieciséis la imagen de Santiago Apóstol sale de su santuario y baja a lo que es la parroquia de Santiago Apóstol, es la parroquia central de Sahuayo. Entonces el veinticinco se le llama subida porque vuelve a subir la imagen a su templo. Y el 04 de agosto pues la imagen vuelve a bajar al pueblo para hacer su recorrido. Se mencionaba, la subida y la bajada porque antes donde hoy es el [...] santuario de Santiago Apóstol, es una de las partes más altas del pueblo. Hoy en día, pues [...es...] la bajada y la subida de Santiago Apóstol” (pp. 60-61).

Rafael Cuevas López reitera lo que la informante María Guadalupe Rojas Granados ya había adelantado, en cuanto al poder de la transformación que implica la portación de la máscara y el traje de Tlahualil:

No sé cómo explicarlo, pero creo que cuando portas una máscara es algo como si no fueras tú [...] yo soy una persona que no me gusta bailar, entonces me pongo una máscara y pues prácticamente te transformas y comienzas a bailar, a danzar y más que nada también descubres la capacidad física que tienes. No sé, si me entienda [...] Aunque [...] llegas físicamente mermado o, aunque llegues cansado, no sé al momento de ponerte una máscara es como, si te inyectaras una dosis de vitamina y no pudieras parar de brincar, de danzar, de moverte [...] mi abuelito nos contaba [...] ¿qué era el tlahualil? Él me decía que, en un segundo, él se podía convertir en un tlahualil. Porque antes un tlahualil era como su mismo nombre lo dice el que se reviste. Dice que él se volteaba la camisa y se despeinaba, se ponía unas rayas en la cara y ya era un tlahualil. (pp. 61-62).

No huelga decir, que informantes más jóvenes, como Juan Jesús Orozco Rojas, sostienen que “de principio en sí la fiesta pues iniciaba lo que es el 16 de julio y finalizaba el 25. Ya después conforme la evolución de la misma fiesta [...] se agregaron los demás días” (p. 67), lo que contradice lo referido por informantes de mayor edad. No obstante, este mismo informante nos da una valiosa información, cuando revela que tlahualiles con más de 60 años de participación, afirmaban que ser tlahualil era una especie de secreto, ya que un tío abuelo:

contaba de que él hacía sus trajes cuando nadie sabía [...] nadie se daba cuenta de que salías de tlahualil, sus trajes [...] comentaba mi abuelita que su hermano los escondía, y hubo un año en el que mi abuelita, o creo un familiar de ahí mismo se metió a su cuarto, y pues sin querer ahí entre limpiando y no encontraron el traje y creo agarro ese tío mío y pues lo desbarató el traje, lo rompió, porque pues era como lo bonito de que no supieran que ibas a salir de tlahualil (p. 69).

Lo que antes era una clara subida y bajada del santo (25 de julio y 4 de agosto), se ha convertido en una bajada, subida y bajada ritual (16 de julio, 25 de julio y 4 agosto), para volver a esperar, durante un año, la próxima fiesta. No obstante, lo que queda claro, es que año con año, santo Santiago pierde protagonismo y es tan solo un pretexto para que el Tlahualil, otrora guerrero vencido, sea el definitivo vencedor y protagonista de una celebración que lleva siglos siendo revivificada, relegando con ello a su antagonista al bufonesco papel de un Cid Campeador bastante disminuido, cuya montura es una triste “mulita”.

Cruz Alberto González Díaz

Universidad de la Ciénega del Estado de Michoacán

gcruualberto@gmail.com

ORCID: 0000-0002-7438-775X

